

*Cervantes entre la realidad y la ficción  
de su propia obra  
(Una meditación personal en torno al capítulo 3  
de la Segunda Parte)*

Miguel José PÉREZ  
Julia ENCISO ORELLANA  
Universidad Complutense de Madrid

Hanse de casar las fábulas mentirosas  
con el entendimiento (I, 47)

**Resumen**

En este capítulo del Quijote aparece con toda claridad la coordinación entre realidad y ficción, que realiza Cervantes a lo largo de la novela. Desde el principio se preocupa de que la historia de ficción vivida por Don Quijote y Sancho tenga trazos de verosimilitud. Desea hacer una buena literatura y para ello la narración novelesca se tiene que ajustar a la realidad. Pregunta Don Quijote a Sansón Carrasco si es verdad que hay publicada una historia sobre sus hazañas; y, tanto él como Sancho, se preocupan por saber si esa historia que anda impresa se ajusta a la verdad. Sentimos como si estos personajes fueran, a la vez, personajes de la realidad y entes de ficción; pues han conseguido tal renombre y fama que «no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzga». La profunda verdad en la que tanto ahonda Cervantes ha redundado en pro de la fama y el buen nombre del Ingenioso Caballero de la Mancha.

*PALABRAS CLAVE: Cervantes, ficción y realidad, historia y poesía.*

**Abstract**

In this chapter of *Don Quixote* the union between reality and fiction achieved by Cervantes throughout the novel clearly appears. From the beginning, he takes care of the features of credibility of the fiction lived by Don Quixote and Sancho. He wants to write good literature and, with that purpose, the novel must comply with reality. Don Quixote asks Sansón Carrasco if it is true that a story about his

deeds has been published; and he himself, as well as Sancho, take great care of knowing whether this printed story complies with truth. We feel as if these characters were, simultaneously, real and fictional; that is why they reached such renown and such fame that «there is no nation or language into which they will not be translated». The deep truth depicted by Cervantes benefited the fame and good name of the *Ingenioso Caballero de la Mancha*.

*KEY WORDS: Cervantes. Fiction and Reality. Story and Poetry.*

## Résumé

Dans ce chapitre de *Don Quichotte* apparaît dans toute sa clarté le mariage entre la réalité et la fiction, que Cervantes applique tout au long de son roman. Dès le début, il prend soin de la vraisemblance de l'histoire romancée vécue par Don Quichotte et Sancho. Il veut faire de la bonne littérature et, pour ce, la narration doit s'ajuster à la réalité. Don Quichotte demande à Sansón Carrasco s'il est vrai qu'une histoire de ses aventures a été publiée; et lui et Sancho s'inquiètent de savoir si cette histoire imprimée s'ajuste à la vérité. Ces personnages nous semblent être, simultanément, des personnages de la réalité et des êtres de fiction; car leur renom est tel qu' «il n'y a nation ni langue qui ne les traduisent». La vérité profonde sur laquelle Cervantes insiste tant a contribué à la réputation et au renom de l' *Ingenioso Caballero de la Mancha*.

*MOTS-CLÉS: Cervantes. Fiction et réalité. Histoire et poésie.*

## I

Don Quijote y Sancho, personajes de ficción creados por Cervantes en la Primera Parte, se convierten ahora en personajes de la realidad literaria emanada de aquella ficción, pero sin dejar de seguir siendo los mismos personajes de ficción, que ahora cobran realidad en oposición a su entidad como seres de ficción literaria. De tal suerte que en este capítulo Cervantes se muestra como un consumado maestro en la técnica de fundir realidad literaria y ficción narrativa al hacer coincidir ambos aspectos en los mismos personajes.

Don Quijote y Sancho han cobrado vida propia y la viven fuera ya del alcance de su creador Cervantes. Son ellos, Don Quijote y Sancho, personajes de ficción cuya propia vida sigue enriqueciendo Cervantes, quienes ahora nos hablan

de ellos mismos, aparte de Sansón Carrasco y los demás personajes de la novela que, a lo largo de la segunda parte, intervienen en el mismo sentido.

Ya en el capítulo 2, Cervantes nos va sugiriendo, a través del sabroso diálogo que sostienen DQ y Sancho acerca de lo que el «vulgo» opina de ellos, la existencia de su propia «historia». Sancho le da la noticia a su amo, ante la pregunta inquisitiva de éste, «Pues ¿hay más?»:

—Aún la cola falta por desollar —dijo Sancho—. Lo de hasta aquí son tortas y pan pintado; mas si vuestra merced quiere saber todo lo que hay acerca de las calañas que le ponen, yo le traeré aquí luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte una meaja; que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de salamanca, hecho bachiller, y yéndole yo a dar la bienvenida, me dijo que andaba ya en libros la historia de vuestra merced, con nombre del *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (II, 2, p. 56)<sup>1</sup>.

Con mano maestra, Cervantes contrapone el susto, y casi el miedo, de Sancho por lo que acerca de él dice la historia, a la serenidad y curioso interés que tal noticia despiertan en DQ. El sobresalto de Sancho queda patente en las palabras que añade tras darle la noticia a su señor:

y dice que me mientan a mí en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza, y a la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros a solas, que me hice cruces de espantado cómo las pudo saber el historiador que las escribió (II, 2, p. 56).

Ante el asombro de su escudero DQ reacciona dándole la única —razonable, clara y lógica— explicación posible, que convence plenamente a Sancho y es consecuente con el mundo de DQ:

—Yo te aseguro, Sancho —dijo don Quijote—, que debe de ser algún sabio encantador el autor de nuestra historia; que a los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir (II, 2, p. 57).

El diálogo, lleno de humor, se agiliza ahora por momentos, expresivo como es del interés que ha despertado en DQ la noticia de su propia historia. Noticia que le tendrá suspenso y sin comer bocado que bien le sepa hasta que vuelva Sancho, que ha ido «en volandas» a buscar al bachiller Sansón Carrasco,

---

<sup>1</sup> Citamos por la edición de Vicente Gaos: Miguel de Cervantes Saavedra, *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, 3 vols., Madrid, Gredos, 1987.

con el cual volvió de allí a poco espacio, y entre los tres pasaron un graciosísimo coloquio (II, 2, p. 58).

## II

Al principio del capítulo, vemos a DQ en actitud como de expectativa esperando con una mezcla de impaciencia, curiosidad e intriga, la llegada del bachiller Carrasco, que le dará con mayor fidelidad noticias sobre la historia que trata de su vida y que, según parece, ha tenido tanto éxito. Así pues, Cervantes, siempre preocupado de ahondar en el interior de sus personajes, nos presenta a nuestro caballero sumido en sus pensamientos, reflexionando sobre la noticia que acaba de recibir. Recela sobre la existencia de dicha historia y teme por el contenido de la misma, entre otras razones por haber sido escrita por un moro<sup>2</sup>; teme que lo que se cuente no sea verdad. Sobre todo le inquieta que no se hayan tratado adecuadamente sus amores con la señora Dulcinea del Toboso y que no se hayan destacado «su fidelidad y el decoro que siempre la había guardado», dejándose ver su preocupación por la virtud y la honra, a las que conduce también la belleza.

Así, «envuelto y revuelto en estas y otras muchas imaginaciones», nos presenta Cervantes a DQ en espera de la llegada de su escudero y de Sansón Carrasco, a quien recibe «con mucha cortesía».

Es admirable el retrato que Cervantes hace del bachiller. Con cuatro pinceladas de tinte goyesco, hábilmente combinadas en su función interna y externa, va apareciendo ante nosotros, con la mayor naturalidad, un personaje de la más fina y palpitante realidad esperpéntica:

Era el bachiller, aunque se llamaba Sansón, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarrón; de color macilenta, pero de muy buen entendimiento; tendría hasta veinte y cuatro años, carirredondo, de nariz chata y de boca grande, señales todas de ser de condición maliciosa y amigo de donaires y de burlas, como lo mostró en viendo a don Quijote, poniéndose delante de él de rodillas, diciéndole (II, 3, pp. 60-61).

---

<sup>2</sup> Sorprende, cuando menos, el modo en que Cervantes habla aquí de los moros, y aun más por la generalización de su juicio —a no ser que, como tantas veces ocurre, aflore también ahora su sentido irónico de la vida—. El texto adquiere aun más fuerza por venir contrapuesto a la tranquilidad que, por fin y tras varios razonamientos internos que le sumían en la mayor preocupación, había conseguido DQ: «pero desconsolóle pensar que su autor era moro, según aquel nombre de *Cide*, y de los moros no se podía esperar verdad alguna, porque todos son embebecadores, falsarios y quimeristas» (II, 3, p. 60).

Este personaje «de condición maliciosa y amigo de donaires y de burlas» empieza a actuar ya como tal desde el principio: «como lo mostró en viendo a don Quijote». Es, pues, un personaje de malaugurio, el que ha de acabar con DQ<sup>3</sup>. Pero en este capítulo Cervantes lo hace portavoz de la realidad histórica de sus dos héroes. Y ya desde este primer momento Sansón Carrasco aprovecha la locura e ignorancia de DQ y Sancho, respectivamente, para regocijarse y divertirse a su costa.

Al iniciar la lectura de este capítulo, sentimos como si los personajes se salieran de la novela para contemplar la obra que se ha escrito sobre ellos, su propia historia, comentando desde fuera sus hazañas y viéndose reflejados en ellas. Una vez más Cervantes pone en relación literatura y vida: esa mezcla de ficción y realidad, poesía e historia, que Cervantes compagina tan magistralmente. De ahí la frase que hemos puesto como lema al frente de nuestro trabajo.

Cervantes decide dar una realidad mayor a sus personajes y serán ellos mismos los que se pregunten si son reales sus propias aventuras. Así DQ, después de oír al bachiller alabar al propio Cervantes —«y rebién haya el curioso que tuvo cuidado de hacerlas traducir de arábigo en nuestro vulgar castellano» (II, 3, p. 61)—, lleno de satisfaciente curiosidad, pregunta complacido:

—¿Desa manera verdad es que hay historia mía, y que fue moro y sabio el que la compuso? (II, 3, p. 61).

DQ se siente feliz de la fama que ha alcanzado, porque una de las cosas que más satisfacción proporciona al hombre virtuoso es «el buen nombre». No tarda Sancho en entrar en el diálogo y lo hace preocupándose por la veracidad de la historia, cuando oye al bachiller referirse a «doña Dulcinea del Toboso»:

Nunca he oído llamar con *don* a mi señora Dulcinea, sino solamente *la señora Dulcinea del Toboso*, y ya en esto anda errada la historia (II, 3, pp. 62-63).

### III

Desde el comienzo de la novela, ya en el capítulo uno de la primera parte, vemos cómo Cervantes se propone contar una historia que se corresponda con la

---

<sup>3</sup> Este hecho contribuye —creemos— a rechazar la opinión de aquellos críticos que han sostenido la idea de que Cervantes no tenía desde el principio en su mente una concepción clara del *Quijote* cuando lo empezó y que se fue realizando a medida que Cervantes se adentraba en su creación. Cfr. los artículos de Vicente Gaos «Génesis del *Quijote*» y «Estructura del *Quijote*», en su edición cit., t. III, pp. 18-31 y 32-77.

verdad. Así, tras afirmar que no conoce con exactitud la identidad de don Quijote, dice:

Pero esto importa poco a nuestro cuento; basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad (I, 1, p. 54).

Desea Cervantes hacer una buena literatura. Para ello es necesario que la historia narrada sea creíble y se ajuste lo más que pueda a la verdad. Por eso destierra de la república cristiana los libros de caballerías. Así nos dice por boca del canónigo:

Según a mí me parece, este género de escritura y composición cae debajo de aquel de las fábulas que llaman milesias, que son cuentos disparatados, que atienden solamente a deleitar, y no a enseñar (...). Y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleitar, no sé yo cómo puedan conseguirle, yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates; que (...). toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura no nos puede causar contento alguno (...). Y si a esto se me respondiese que los que tales libros componen los escriben como cosas de mentira, y que así no están obligados a mirar en delicadezas ni verdades, responderles hía yo que tanto la mentira es mejor cuanto más parece verdadera (I, 47, pp. 905-906).

Como podemos ver, Cervantes nos da otra sabia lección. La obra literaria debe deleitar y enseñar a la vez; pero aun aquella que sólo pretende deleitar lo podrá conseguir tanto mejor cuanto más se acerque a la verdad; es decir, el escritor debe intentar con su obra racionalizar el mundo.

La historia de DQ no sólo es verdadera, sino que —y precisamente por eso— va a servir «para universal entretenimiento de las gentes» (II, 3, p. 61). Y tanto que, en frase profética, se nos dice por boca del bachiller: «a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzga» (II, 3, p. 62). Tal era la clarividencia que Cervantes tenía del valor de su obra.

Asistimos en este capítulo a la proclamación de la fama de DQ como emanación de las virtudes caballerescas, que son norte y guía del Caballero de la Triste Figura. Carrasco le habla de cómo la gente valora su ánimo, su paciencia ante las desgracias, su sufrimiento, su honestidad y la pureza de su amor. Todo esto le conduce a la virtud. La fama, rasgo renacentista que el Hidalgo considera vital, es una conquista que merece en justicia:

—Una de las cosas —dijo a esta sazón don Quijote— que más debe de dar contento a un hombre virtuoso y eminente es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa. Dije con buen nombre, porque siendo al contrario ninguna muerte se le igualará (II, 3, p. 62).

Como tantas veces a lo largo de la novela, se exaltan las virtudes caballerescas que adornan el espíritu de DQ. Cervantes —lo repetimos— conoce muy bien el valor de su obra y la grandeza humana de sus personajes. Una vez más la literatura le sirve de estímulo a DQ para seguir adelante porque conoce el valor de la fama. Sus hazañas se han recogido en un libro. También la literatura le ha servido de estímulo al principio, para armarse caballero andante. Se sosiega DQ cuando conoce todo esto, pero como hombre interesado en sí mismo quiere saber más; y casi acuciando al bachiller le pregunta:

...pero dígame vuestra merced, señor bachiller: ¿qué hazañas más son las que más se ponderan en esa historia? (II, 3, p. 63).

El propio Cervantes, por boca de DQ, introduce al público en la novela, que opina sobre qué historia del mismo DQ es la más interesante; y vemos al bachiller Sansón Carrasco —en una de esas admirables recapitulaciones tan caras a Cervantes<sup>4</sup>— enumerando las principales aventuras de la primera parte.

#### IV

La libertad creadora de Cervantes —y su poder evocador— se pone de manifiesto en el recurso a la elusión, que le permite omitir detalles, siempre y cuando no redunden en perjuicio de la veracidad histórica, pues el autor es libre de decir o callar lo que quiera. El público que ha leído la novela dice que se holgaran de que a sus autores se les hubieran olvidado «algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron a don Quijote». Y éste replica:

También pudieran callarlos por equidad, pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para qué escribirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia (II, 3, p. 64).

La plática que continúa entre Carrasco y los dos héroes es un admirable ejemplo de la finísima ironía de Cervantes. Aquél les va diciendo las críticas que se le han hecho a la historia de DQ y Sancho:

...algunos han puesto falta y dolo en la memoria del autor, pues se le olvida de contar quién fue el ladrón que hurtó el rucio a Sancho, que allí no se declara (II, 3, pp. 71-72).

---

<sup>4</sup> Estas recapitulaciones han sido estudiadas por H. Hatzfeld, *El «Quijote» como obra de arte del lenguaje*, Madrid, CSIC, 1972.

También dicen que se le olvidó poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos que halló en la maleta en Sierra Morena..., que es uno de los puntos sustanciales que faltan en la obra (II, 3, p. 72).

Una de las tachas que ponen a la tal historia es que su autor puso en ella una novela intitulada «El Curioso Impertinente» (...), <que nada> tiene que ver con la historia de su merced el señor don Quijote (II, 3, p. 68).

No hace falta comentar «lo importantes» que son esos fallos de que le acusa la crítica barata de la época —la de «las malas tripas», que diría Juan de Mairena—. Pero lo admirable del humor cervantino es que, no sólo no las rechaza, sino que por boca de sus dos héroes las agranda. Primero es Sancho, quien llega incluso a insultar a su propio autor:

Yo apostaré que ha mezclado el hideperro berzas con capacho (II, 3, p. 68).

Después, el propio Don Quijote, y de tal modo que llega a afirmar que el autor de su historia —él, el creador de la obra más importante que haya salido del ingenio humano— es un ignorante charlatán:

Ahora digo que no ha sido sabio el autor de mi historia, sino algún ignorante hablador, que a tientos y sin algún discurso se puso a escribirla, salga lo que saliere, como hacía Orbaneja, el pintor de Ubeda, al cual preguntándole qué pintaba respondió: «Lo que saliere». Tal vez pintaba un gallo, de tal suerte y tan mal parecido, que era menester que con letras góticas escribiese junto a él: «Éste es gallo». Y así debe de ser de mi historia, que tendrá necesidad de comento para entenderla (II, 3, p. 68)<sup>5</sup>.

Admirable resulta la frase final; frase de valor bisémico evidentemente, pues Cervantes concluye su ironía con una solemne afirmación: Su obra es de tal pro-

---

<sup>5</sup> Rodríguez Marín, en su edición póstuma (Madrid, Atlas, 1948, t. IV, pp. 94-95) recoge varias versiones de este pintor Orbaneja. Cervantes vuelve a recurrir a esta «historieta» en el cap. 71. Aquí sí, aquí ya no hay ironía. Cervantes se vale de este cuento —con una gran dignidad, como es siempre habitual en él— para expresar su contenida indignación contra el autor del falso *Quijote*, al que llama «zorra» porque ha robado lo que no es suyo:

Tienes razón, Sancho, porque este pintor es como Orbaneja...; si por ventura pintaba un gallo, escribía debajo: «Éste es gallo», porque no pensasen que era zorra. Desta manera me parece a mí, Sancho, que debe de ser el pintor o escritor, que todo es uno, que sacó a luz la historia deste nuevo don Quijote que ha salido: que pintó o escribió lo que saliere (II, 71, p. 1004).

(Por otra parte, este episodio cervantino nos trae a la memoria el de «Don Pitas Payas, pintor de Breña», del Arcipreste).

fundidad que, indudablemente, hará fluir ríos de tinta en comentarios, que serán numerosos e imprescindibles «para entenderla».

Y, como queriendo decirnos el motivo de por qué ha hecho semejante afirmación de su propia historia, emite el primer —y más profundo— elogio de cuantos se hayan hecho de un libro:

...los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran (II, 3, página 68).

Por otra parte —y no es contradictorio— Sansón Carrasco opina que es una obra «tan clara, que no hay cosa que dificultar en ella» (II, 3, p. 68), y que «la tal historia es del más gustoso y menos perjudicial entretenimiento que hasta agora se haya visto» (II, 3, p. 69).

## V

Un argumento más a favor de la veracidad del relato es el que su autor haya contado tanto historias favorables como desfavorables. Ante este hecho, comenta DQ:

A lo que yo imagino, no hay historia en el mundo que no tenga sus altibajos, especialmente las que tratan de caballerías, las cuales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos (II, 3, p. 64).

Sancho, que es de la misma opinión, se preocupa también de la veracidad de la historia, y de su protagonismo dentro de ella, cuando afirma:

Ahí entra la verdad de la historia (...).

Pues si es que se anda a decir verdades ese señor moro, a buen seguro que entre los palos de mi señor se hallen los míos; porque nunca a su merced le tomaron la medida de las espaldas que no me la tomasen a mí de todo el cuerpo; pero no hay de qué maravillarme, pues, como dice el mismo señor mío, del dolor de la cabeza han de participar los miembros (II, 3, p. 64).

Al mismo tiempo, Sancho desea también la fama como su señor DQ y se siente orgulloso de ser uno de los personajes principales, pues cuando DQ le pide que no interrumpa al bachiller, y le deje contar lo que dicen de él en la referida historia, replica:

Y de mí; que también dicen que soy yo uno de los principales personajes della (II, 3, p. 65).

Encuentra el bachiller que el Sancho de este tercer capítulo es tanto o más divertido que el personaje «histórico» de la primera parte. Así —cuando aquél le corrige el *presonajes*, y comprueba la reacción de Sancho («¿Otro reprochador de voquibles tenemos?»)— exclama:

Malá me la dé Dios, Sancho, si no sois vos la segunda persona de la historia, y que hay tal que precia más oíros hablar a vos que al más pintado de toda ella (II, 3, p. 65).

De nuevo encontramos la interrelación entre verdad y ficción, entre vida y literatura.

También Sancho ha ido adquiriendo conciencia de sus propios valores. La seguridad de DQ, que se afianza a lo largo de este capítulo, al ser conocedor de la fama adquirida, se comunica a su escudero, que tanto aprende de su maestro-amigo en ese caminar hacia el horizonte manchego. Tanto él como DQ son dueños de su pasado y nadie les puede quitar la grandeza de su ánimo esforzado. Y siente Sancho que él puede ser gobernador como el que más. Para eso lleva largo tiempo de paciente espera:

Por Dios, señor, la isla que yo no gobernase con los años que tengo no la gobernaré con los años de Matusalén (...).

Gobernador he visto por ahí que a mi parecer no llegan a la suela de mi zapato, y con todo eso los llaman *señoría*, y se sirven con plata (II, 3, pp. 66-67).

## VI

Encontramos en este capítulo muestras de la condición del escritor, de las cualidades que debe tener. Debe ser juicioso e inteligente, y reflejar en sus historias, ante todo, la verdad. Es esta preocupación por la veracidad en la novela —ya lo hemos apuntado— una de las grandes aportaciones del *Quijote*. Todo autor, pues, debe meditar mucho lo que escribe, porque

La historia es como cosa sagrada; porque ha de ser verdadera...; pero no obstante esto hay algunos que así componen y arrojan libros de sí como si fuesen buñuelos (II, 3, p. 70).

Por otra parte, Cervantes deja también muy clara cuál ha de ser la misión del poeta y la del historiador:

El poeta puede contar o cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna (II, 3, p. 64).

Y, sobre todo, sabe Cervantes que es muy difícil escribir un libro de humor (tal y como él lo hace). Así dice, con dignísima humildad, por boca de Don Quijote:

En efeto, lo que yo alcanzo, señor bachiller, es que para componer historias y libros, de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento. Decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios (II, 3, p. 69).

La crítica, tan frecuente en la novela de Cervantes, parece como concentrarse en este capítulo. No olvidemos que DQ deja la pluma y escribe su poema con la punta de la lanza arremetiéndolo contra todo lo establecido.

Vemos ensombrecerse el pensamiento de DQ y de Carrasco a quienes Cervantes cede la palabra para arremeter contra los críticos maliciosos que censuran por simple entretenimiento, dejándose llevar de la envidia que sienten hacia aquellos que han conseguido la fama (de escritor) por méritos propios. Como opina Carrasco,

es grandísimo el riesgo a que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal, que satisfaga y contente a todos los que le leyeren (II, 3, p. 71).

Aquí encajan —y tienen su mejor aplicación— las palabras que Cervantes pronuncia en varias ocasiones refiriéndose a la envidia (ese gran pecado de los españoles, como dirá siglos más tarde Unamuno):

Mira, Sancho -dijo don Quijote-: donde quiera que está la virtud en eminente grado, es perseguida (II, 2, p. 55).

¡Oh envidia, raíz de infinitos males y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sé qué de deleite consigo; pero el de la envidia no trae sino disgustos, rancores y rabias (II, 8, p.130).

## VII

Desde el principio del capítulo hasta el final hemos asistido a un cambio significativo que se ha producido en el estado de ánimo de DQ. Lo vemos al principio lleno de dudas, inquieto, pensativo, preocupado. Al final encontramos a DQ ya reposado y tranquilo porque ha comprobado que es verdad que su historia aparece impresa en los libros y que está escrita tal y como sucedió:

No se le quedó nada —respondió Sansón— al sabio en el tintero: todo lo dice y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta (II, 3, p. 63).

Las preocupaciones de Sancho —que en un principio se encuentra como asustado por lo que puedan haber contado de él— parecen disiparse muy pronto. Al final responde con displicente humor a las críticas que le hacen a su historia:

Yo, señor Sansón, no estoy ahora para ponerme en cuentas ni en cuentos; que me ha tomado un desmayo de estómago, que si no lo reparo con dos tragos de lo anejo, me pondrá en la espina de Santa Lucía (II, 3, p. 72).

Todo esto es como una fe de vida de unos personajes que van subsistiendo entre venturas y fracasos, pues «no hay historia humana que no tenga sus altibajos». Como hombre orgulloso de su misión, y de sí mismo, y como hombre virtuoso que es, DQ ha conquistado una fama bien merecida, que le llena «de contento», ya que anda «con buen nombre por las lenguas de las gentes». Y otro tanto le sucede a Sancho, que llegará a conquistar su ínsula.